





Andrés Martínez Oria

EL PESO DEL MUNDO  
(TEATRO)



**csedteatro**

© *El peso del mundo*, Andrés Martínez Oria

© CSED, S.L., 2014

Apartado de Correos N° 140  
24700 Astorga, León (España)  
[www.csed.es](http://www.csed.es)  
[info@csed.es](mailto:info@csed.es)

ISBN: 978-84-942487-9-5

Depósito Legal: LE-740-2014

Impreso en España

Queda prohibida la reproducción parcial o total de la presente obra sin permiso previo escrito del autor y del editor. Todos los derechos reservados.

**csedteatro**

Andrés Martínez Oria

EL PESO DEL MUNDO  
(TEATRO)



## Personajes

LEOPOLDO Panero, poeta, 53 años.

FELICIDAD Blanc, esposa, 49 años.

ABUELA Bergnes, madre de Felicidad.

JUAN LUIS Panero, hijo, 20 años.

LEOPOLDO MARÍA Panero, hijo, 14 años.

MICHI Panero, hijo, 11 años.

JUAN PINTOR, vecino de Castrillo, mendigo, 64 años.



*La acción transcurre al anochecer del día 26 de agosto de 1962, unas pocas horas antes de la muerte de Leopoldo Panero, fallecido la tarde del 27. Todo, por tanto, debe estar ya como tocado por la extraña presencia.*

*Sala despacho en la casa del Monte, en las afueras de Castrillo de las Piedras, cerca de la estación de ferrocarril. Al fondo, por una ventana con las contras abiertas, se verá la anochecida y una luna llena, brillante, enmarcada y con cerco. Puertas practicables a derecha e izquierda. Estantes con libros. Mesa camilla, con faldón, en primer término, a la derecha. Sofá detrás, a la izquierda. Sillas de enea.*

*Oscuridad. Al hacerse poco a poco la luz, muy tenue, se ve a Leopoldo sentado en la mesa camilla, consultando un libro, escribiendo a pluma estilográfica en unas cuartillas en blanco; la cabeza apoyada en la mano, pensativo. Pantalón de traje y camisa clara; corbata. Escribe, piensa, tacha, vuelve a pensar. La abuela Bergnes hace punto cerca de la ventana, sentada en una silla, en el rincón. Lentes, vestido de lunares y chal. Apenas ve. Es una presencia silenciosa. Pero la*

*oscuridad apenas deja ver sus sombras. Se oye un motivo musical que se repetirá con alguna frecuencia a lo largo de la velada, como un anuncio premonitorio. Debe contribuir a crear "clima" en determinados momentos. Podría ser algo así como "Negra sombra", pero muy tenue.*

*De entre el público salen dos máscaras, Leopoldo María –Poldo–, y Michi, vestidos a la veneciana con careta de larguísima nariz, más gracioso Michi, como el pico de un ave demoníaca Poldo. Avanzan con pasos de ballet, danzando, suben al escenario; Michi va a hacerle carantoñas a la abuela, que lo coge y lo besa, mientras Poldo se sitúa detrás de la silla de su padre, que no lo ha visto. Desde allí gesticula un poco, amenazador; es como una sombra de la muerte.*

*Termina la música, se hace más luz y las figuras como de porcelana china cobran vida. Se quitan el antifaz, corretean un poco, rien, van a pelearse al sofá. La abuela deja de hacer punto, sonrío complacida; Leopoldo les interpela.*

LEOPOLDO.– (*Levantando la vista de las cuartillas*)  
¿Queréis callar un poco y estar quietos? (*No le hacen caso*).

ABUELA.– (*Calándose las gafas, con gesto de miope y volviendo a la labor*). Déjalos que se diviertan, son niños.

LEOPOLDO.— Son dos buenos pájaros. ¿Habéis cenado?

POLDO y MICHI.— *(A coro)*. Síii.

*(Entra Felicidad, quitándose el mandil, como si viniera de la cocina, de ayudar a Angelines).*

FELICIDAD.— *(Fingiendo enfado)* ¡Venga, vamos a quitar el disfraz; se acabó la fiesta! Y a ponerse el pijama para ir a dormir, que es tarde para vosotros. Mañana no podéis quedar en la cama hasta media mañana; tenemos que ir con papá a Astorga.

*(Los niños protestan pero se ponen de pie)*

POLDO.— ¿Podemos jugar un poco abajo?

FELICIDAD.— No, es tarde.

ABUELA.— *(Intercediendo)* Déjalos un poco, mujer. Están de vacaciones.

FELICIDAD.— *(A los niños)* Solo un poco, y cuidado con el aljibe *(A su madre y a Leopoldo)*. Cada día me da más miedo. A veces sueño con ese pozo. Un día va a ocurrir una desgracia. Había que tapanlo.

LEOPOLDO.— Tú y tus obsesiones.

POLDO y MICHI.— *(Se acercan a darle un beso a su madre)* ¡Gracias, mamá!

ABUELA.— *(Los mira, complacida)* ¡Zalameros!

*(Salen los niños)*

LEOPOLDO.— *(Señalando a los que acaban de salir)*  
Están demasiado consentidos. Hacen lo que les da la gana, ¿no te das cuenta?

FELICIDAD.— Es verano. En cuanto volvamos a Madrid y les empiece el colegio, ya entrarán en vereda. Ahora hay que dejarlos que se desahoguen un poco.

LEOPOLDO.— Siempre dices lo mismo, dejarlos, que crezcan a su aire, que gocen de la libertad que nosotros no tuvimos. Los estás malcriando, Feli, y no hay quien pueda con ellos. Los niños necesitan una disciplina, incluso en verano.

*(Se oyen abajo las risas de los niños, y alboroto. De pronto cesan los juegos y se les oye gritar).*

POLDO y MICHI.— *(Fuera)* ¡Juan!, ¡Juan!

LEOPOLDO.— ¿Quién es?

FELICIDAD.— *(Se asoma fuera)* Juan Pintor. Adónde irá ese hombre a estas horas. No para.

LEOPOLDO.— *(A Felicidad, levantándose de la silla)*  
Dile que suba, y saca una jarra de vino, Feli, cielo.

*(Sale Felicidad. También la abuela se levanta de la silla y va tras ella, tanteando; ve con mucha dificultad. Leopoldo la conduce hasta la puerta. Un poco después en-*

*tra Juan Pintor, un mendigo que ha encontrado acomodo en Castrillo. Viste chaqueta y pantalón de pana negra, con remiendos; andrajoso. Retuerce la boina en las manos, cohibido).*

JUAN PINTOR.— Buenas noches, don Leopoldo, pasaba por aquí y los niños se ve que me conocieron.

LEOPOLDO.— Hombre, Juan, cómo no iban a conocerte; pasa, no te quedes ahí (*Le palmea el hombro con la mano, muy cálido y amistoso*). Y ya sabes que no me gusta ese trato; Leopoldo a secas, y de tú. ¿Estamos?

JUAN PINTOR.— Estamos, don Leopoldo (*Sueltan una carcajada ambos, Leopoldo estruendosa, Juan Pintor más comedida*). Leopoldo.

LEOPOLDO.— Eso es. Somos amigos, Juan. Ya sabes que te tengo mucha estima. ¿De dónde vienes, tan tarde?

JUAN PINTOR.— De la estación, de preguntar por un encargo para el molino.

LEOPOLDO.— Ya habrás tomado un chato en la cantina.

JUAN PINTOR.— Hombre, eso ni se pregunta.

LEOPOLDO.— Pues ahora vas a echar otro.

*(Entra Felicidad con una jarra y dos vasos de cristal, de culo grueso. La deja sobre la mesa. Leopoldo sirve vino, mientras Felicidad saluda a Juan).*

FELICIDAD.— ¿Cómo estás, Juan?

JUAN PINTOR.— Bien, doña Feli, ya ve.

*(Leopoldo lo mira, como reconviéndole por la falta de confianza).*

FELICIDAD.— ¿Y tus hermanas?

JUAN PINTOR.— Allí quedaron, preparando la cena.

FELICIDAD.— Salúdalas.

JUAN PINTOR.— De su parte.

*(Sale Felicidad)*

LEOPOLDO.— *(Se sienta y señala la silla a Juan Pintor. Ofreciéndole el vaso).* Siéntate, Juan, y echa un trago. En confianza, hombre, estás con un amigo que te aprecia.

JUAN PINTOR.— *(Bebiendo).* Se agradece.

LEOPOLDO.— Cómo va este año la cosecha.

JUAN PINTOR.— A ello andamos, en la era. La cebada, un poco corta de paja, pero muy granada; y el trigo y el centeno, inmejorables.

LEOPOLDO.— Me alegro; es bien para todos. ¿Y lo de la vega?

JUAN PINTOR.— Eso, habiendo agua como la hay, desde que hicieron el pantano, un vergel. Pero tiene que venir el año de lluvias, claro. Si no...

LEOPOLDO.— Vivimos al azar de los días y las estaciones, Juan, pero esto es un paraíso, ojalá lo fuera también para todos los pueblos de la contorna.

JUAN PINTOR.— Ya, no todo es igual.

LEOPOLDO.— ¿Y ese dolor del que te quejabas?

JUAN PINTOR.— Al reuma, lo achaco; no es nada, cosa de la edad.

LEOPOLDO.— No eres tan mayor; pero hay que cuidarse, Juan, que no somos de un día. Si todos trabajaran lo que tú... Y sobre todo, si tuvieran tu corazón. Da gusto hablar contigo, y no aquello que dejamos allí (*Señala de forma imprecisa, sin duda a la capital*). En Madrid todo son prisas y zancadillas. No sabes lo felices que vivís en Castrillo. Lo dice muchas veces Feli, que le encanta esto, por ella nos quedábamos a vivir aquí todo el año.

JUAN PINTOR.— Pues ya está.

LEOPOLDO.— Es fácil decirlo, pero no queda más remedio que pelear la vida allí. Tenemos que vivir, y esto no es para nosotros. No sabríamos defendernos.

JUAN PINTOR.— No es fácil esto, no; la vida aquí es muy dura.

LEOPOLDO.— Me lo figuro. Pero al menos veis salir el sol cada mañana, y ponerse por la tarde en el Teleno. De eso hablo en el escrito que te

dediqué. Allí no hay días ni estaciones, se pierde el sentido del tiempo y de las cosas, y la vida es un sálvese quien pueda. En cambio aquí el sol va iluminando la vega y los tesos de las viñas despacio, se siente el paso de las horas... Cuevas, Bustos, Curillas, Barrientos, Carral, esto es lo real, lo que hoy nos parece común y seguirá aquí cuando ya no estemos. Es bello el mundo, pero pesa el día tanto, estamos tan cansados, Juan, si supieras lo que es aquello... Cómo me gustaría estar aquí siempre, entre Castriello y Nistal, es lo que quiero decir, sentir el día desde el amanecer, el soplo del tiempo hasta su plenitud, y descansar luego, al sol puesto. Quién pudiera estar aquí en primavera, segar siempre la misma hierba y trillar el mismo pan, dando vueltas... La trilla de los días... Pesa tanto el mundo sobre uno, Juan... Mañana, cuando venga el silencio y todo siga rotando, nos quedaremos entre un después y un jamás. Seguro que entiendes esto, pero ahora no quiero entretenerte más, es tarde. Tengo que ir a verte un rato, Juan, a charlar tranquilamente y a comer unas sopas contigo.

JUAN PINTOR.— Allí estamos para lo que sea; no se hable más.

LEOPOLDO.— No hay sopas como las que se hacen en tu casa, la más humilde y acogedora de

Castrillo; con este pan de aquí, que es al fin y al cabo el de Astorga. ¿Tú sabes lo que se dice por ahí?

JUAN PINTOR.— Quién sabe, hombre.

LEOPOLDO.— Lo oí al venir, en Tordesillas; el pan de Astorga, mucho en la mano y poco en la andorga. Parece menosprecio, como si se dijera, abulta más de lo que es, es apariencia, pero yo lo tomo por un cumplido. No hay pan más rico y esponjoso. Engordo cada vez que vengo. Bebe vino, Juan; no hay tierra como la nuestra, lo digo yo, que he rodado mucho por el mundo y ya voy cansado. Si supieras qué cansancio siento. Un cansancio como de dentro, del alma. Y sabes lo que te digo (*Juan Pintor se encoge de hombros, a la espera*), para vivir, por ahí (*Señala al mundo*), es verdad; pero para morir, esto. No lo cambio por nada.

JUAN PINTOR.— Hombre, aún queda la vida por delante.

LEOPOLDO.— Quién sabe, Juan; quién sabe lo que nos queda.

JUAN PINTOR.— (*Poniéndose de pie*). Lo dicho, allí estamos para lo que sea.

(*Leopoldo se levanta también, le palmea otra vez en la espalda y lo acompaña hasta la puerta*)

LEOPOLDO.— Gracias, Juan, por venir.

JUAN PINTOR.— Gracias a esta casa.

*(Sale. Leopoldo se queda pensativo en el centro de la escena, con el vaso en la mano, mirándolo al trasluz, saboreándolo. Menea levemente la cabeza).*

FELICIDAD.— *(Entrando)* Adiós, Juan. Saluda a tus hermanas. Hasta mañana *(A Leopoldo)*. ¿Qué haces ahí, solo?

LEOPOLDO.— Pensaba.

FELICIDAD.— ¿En qué?

LEOPOLDO.— Es extraño; en un momento puede pasar todo por la imaginación, como en una cinta vertiginosa. Dicen que ocurre a última hora. Pensaba en mis padres, que tanto pelearon por nosotros, en el abuelo Quirino, que levantó esto, en mis hermanos, Juan y Charito, los pobres.

FELICIDAD.— *(Lo coge de la mano. Suplicando)* Estás cansado. Vamos a la cama, anda, mañana nos espera un día ajetreado; sobre todo a ti. El Jurado de poesía, la radio, el banquete de gala.

LEOPOLDO.— ¿Sabes lo que te digo, Feli? No me apetece ir; mejor me quedaba aquí, tan feliz. Tranquilo, escribiendo, contigo y los niños. Si pudiera cancelarlo todo...

FELICIDAD.— Pero no puedes; estás comprometido con el alcalde, te espera Esteban Carro en Radio Popular. Es el día grande.

LEOPOLDO.— Si supieras lo cansado que estoy...

FELICIDAD.— Vamos a la cama. Bajo a cerrar.

LEOPOLDO.— ¿Dónde están los niños?

FELICIDAD.— Mi madre y Angelines los están acostando.

LEOPOLDO.— ¿Y Juan Luis?

FELICIDAD.— Salió a dar un paseo. Ya sabes que le gusta quedar leyendo, hasta tarde.

LEOPOLDO.— Y luego no madruga.

FELICIDAD.— (*Defendiéndolo*) No tiene nada que hacer, es verano.

LEOPOLDO.— Cómo que no tiene que hacer. ¿Y los estudios? ¿La Universidad? No lo disculpes, Feli. El problema es que no hace nada, que anda perdido. Se le está pasando el tiempo y ni oficio ni beneficio.

FELICIDAD.— Tiene veinte años.

LEOPOLDO.— (*La discusión va subiendo de tono*) Por eso. Siempre fue a rastras. Empezó Derecho, y lo dejó; se matriculó en Filosofía, y no apareció por clase. ¿Crees que no lo sé? Pasaba el tiempo en el bar de la Facultad, dándole a la lengua en lugar de estudiar para labrarse un futuro. Anda metido en malos asuntos, Feli, te lo advierto.

FELICIDAD.— (*Enfadada*) A mí no tienes que advertirme nada. Ya es mayor, díselo a él.

LEOPOLDO.— (*Levanta la voz*) Claro que se lo voy a decir. De aquí no pasa. Este verano hay que

tomar alguna determinación seria. O estudia o trabaja. En Cultura Hispánica podría haber algo para él. Tengo que hablar con Rosales. Lo están echando a perder las malas compañías. ¿Sabes a qué me refiero?

FELICIDAD.— Pues claro que no, y no alces la voz, vas a despertar a los niños. Es un muchacho normal, como los de su edad. Le gusta leer y divertirse, eso es todo.

LEOPOLDO.— (*Misterioso*) No, Feli, hay algo más que tú no sabes, pero yo sí. Me lo han avisado de la policía, un comisario; lo han visto relacionarse con gente del otro lado, ¿sabes?

FELICIDAD.— ¿Y eso qué tiene de malo?

LEOPOLDO.— (*Vuelve a levantar la voz*) ¿Pero no te das cuenta, Feli? Se está metiendo en política y eso es muy peligroso. ¿No ves cómo habla? Es comunista.

FELICIDAD.— (*Riéndose*) ¿No lo fuiste tú?

LEOPOLDO.— De otra manera; y eran otros tiempos.

FELICIDAD.— Eso es lo que pasa, Leopoldo, que somos de otra época y ya no los entendemos.

LEOPOLDO.— No los entenderás tú, yo sí. ¿No iba conmigo al cine, y a los toros? Cómo le gustaban las corridas de San Isidro, ¿eh? ¿No nos acompaña a conferencias y exposiciones? No hay incompreensión generacional, Feli, si es a

eso a lo que te refieres. Bien que le gustó ir al recital de Salvatore Quasimodo y tener su libro dedicado. Lo que pasa es que se está apartando de nosotros, busca la protección de tu madre porque con ella puede hacer lo que le viene en gana sin ningún tipo de control (*Va subiendo la voz*), no acepta la disciplina necesaria en una familia como tiene que ser, quiere libertad y dinero para vivir a su modo, sin importarle los demás (*Grita, fuera de sí*). Ese es el problema.

*(Entra Michi en pijama, por la izquierda, con cara de sueño. Feli y Leopoldo lo ven y se quedan callados un momento).*

MICHI.— Tengo sueño. ¿Por qué peleáis?

FELICIDAD.— (*Le acaricia el pelo largo, rizado*) No es nada, hijo, vuelve a la cama. (*A Leopoldo*) ¿Ves? Los despiertas.

*(Sale Michi. Leopoldo va a la mesa camilla y es como si buscara algo. Levanta la cuartilla donde escribe, pasa un par de hojas del libro, sale por la derecha, como si fuera a un cuarto contiguo en busca de algo que necesita para seguir trabajando. Se queda Felicidad sola, viendo salir a Michi, pensativa. Entra por la izquierda Juan Luis. Viste pantalón vaquero y una camisa de verano; lleva sobre los hombros un jersey fino, anudado al cuello, y un libro bajo el brazo).*

FELICIDAD.— ¿De dónde vienes?

JUAN LUIS.— Fui a dar un paseo hasta la estación y estaba abajo, leyendo. Lo he oído todo.

FELICIDAD.— Pues ya sabes, está muy enfadado.

JUAN LUIS.— (*Despectivo*) Y cuándo no lo está. Vive amargado y nos amarga a los demás. Pero conmigo no le vale.

FELICIDAD.— No hables así de tu padre.

JUAN LUIS.— Habla de mis relaciones y no quiere ver las tuyas. Cuáles serán más peligrosas (*Ríe*). ¿Sabes lo que te digo? No aguanto más esta situación. Cuando volvamos a Madrid me voy a vivir definitivamente con la abuela. (*Con retintín*) No quiero pisar más vuestra casa de Ibiza.

(*Felicidad se retuerce las manos, solloza*)

FELICIDAD.— Dios mío, qué sufrimiento.

(*Entra Leopoldo por la derecha*)

LEOPOLDO.— (*Recriminando a Juan Luis, sin levantar demasiado la voz*) ¿Por qué haces llorar a tu madre?

JUAN LUIS.— ¡Qué cinismo! Quien la hace llorar eres tú.

LEOPOLDO.— La estamos acabando entre todos.

JUAN LUIS.— No eches la culpa a nadie. (*Acusador*) Tú la has acabado, con tus amigos y tus veladas y tus tardanzas y tus ebriedades.

LEOPOLDO.— (*Encendido de ira, a Feli*) ¿Lo oyes?  
(*A Juan Luis, amenazante*) No me hables así.

JUAN LUIS.— (*Bajando la cabeza y apartándose un poco. En tono mucho más bajo, casi imperceptible*) No te voy a hablar de ninguna manera. (*Con displicencia*) Os voy a librar de mi presencia, siempre tan molesta.

(*Sale Juan Luis, por la izquierda. Felicidad llora. Leopoldo, abrumado*).

LEOPOLDO.— Este chico creo que se ha perdido para nosotros. No hay arreglo.

FELICIDAD.— (*Llorando*) Claro que lo hay; transige un poco, no seas tan inflexible, habla con él. No es malo, como tampoco lo eres tú. No lo somos nadie. Dios mío, qué nos está pasando. Es como si se nos estuviera yendo todo de las manos y no pudiéramos hacer nada, sabiendo lo que se puede hacer para remediarlo. Discutís porque sois iguales. ¿No te das cuenta de que es como tú? Si tiene la misma voz y todo. No hay más que escuchar esa cinta con el poema de la Sequeda que habéis grabado los dos; no se os distingue, es como si hablara solo uno. Sois iguales en todo, igual de orgullosos (*Solloza. Silencio*). Dios mío, qué desgracia, ahora que se estaba arreglando todo (*Silencio*). Ahora que podíamos ser tan felices (*Largo silencio*).

(*Están de pie en el centro del escenario. Luz tenue. La luna brilla en la ventana. Ladran perros lejanos. Ruido de un tren por la vega. Pita. Leopoldo trata de calmarla*).

LEOPOLDO.— Hablaré con él mañana, de hombre a hombre. Lo es ya, y creo que me entenderá.

FELICIDAD.— Si tratas de imponer a toda costa tu punto de vista, va a ser imposible arreglarlo. Tienes que ceder.

LEOPOLDO.— Cederé, qué remedio. Siempre estamos cediendo para que no se rompa la cuerda. La juventud es ciega. Lo fuimos también nosotros. Yo tomé mi camino, sabiendo que no era el que a ellos les gustaba, lo que esperaban de mí. Cuánto me dolió contrariar sus esperanzas. Es lo que quiero decir en ese poema que cierra *Escrito a cada instante*. (*Silencio. Se queda pensativo*). En “La vocación”, trato de justificar el rumbo que emprendí, pero en el fondo les estoy pidiendo perdón. Creo que llegaron a convencerse de que la poesía era mi modo de vivir, quiero decir, la manera de ser yo, pero cuando me quedo solo y pienso, comprendo el dolor que les he llegado a causar y el que yo mismo he sentido. En la profundidad de la noche hablo conmigo y me siento limpio, aunque inútil para la vida, tal como puede entenderse desde fuera. Esa es la

condena. Pero no me traiciono, el poeta y el hombre son lo mismo, como éramos uno ellos y yo. No quise ser distinto, separarme, sino cumplir mi destino doloroso de poeta desde el amor por ellos, lo que dolorosamente también me alejaba de sus expectativas. Lo hubiera dado todo por hacerlos felices, y no pude. También yo les hice sufrir al hacerme sufrir. Cuánto dolor podemos causar, desde el amor incluso. ¿Te imaginas desde el enfrentamiento?

FELICIDAD.— No sé qué tienen tus palabras, que lo cambian todo. Y sé que me engañas, que mañana seguirás igual. Soy tan blanda, tan quebradiza, que puedes hacer conmigo lo que quieras (*Aún solloza*).

LEOPOLDO.— (*La atrae hacia sí, la abraza, se besan*)  
Feli, cielo mío, cuánto te necesito. No llores (*Le seca las lágrimas*). Mañana hablaré con él.

FELICIDAD.— Sé que me engañas.

LEOPOLDO.— (*La lleva hacia la mesa. Se sientan*).  
No, Feli, no te engaño. Ya no te engañaré más. Tengo proyectos. Todo irá mejor. Los americanos pagan bien mi trabajo y ganaremos dinero. Ellos irán a la Universidad y serán lo que tanto te gusta a ti, profesores de literatura (*Ríen*), como Dámaso. Ya pasó el tiempo del castigo, que fue el *Canto personal*, del que no me arrepiento, me afirmo en cuanto dije, algún día se empeza-

rá a comprender, aunque tendrá que pasar aún mucho tiempo. Pero ahora tengo otros proyectos, un libro nuevo, distinto. Una voz más limpia y verdadera que nunca. Necesito calma para crear, y ahora la tengo.

FELICIDAD.— Es posible que lo consigas, y lo deseo ardientemente; por ti y por nosotros. Pero no va a ser fácil borrar lo que hemos hecho. Borrar de la memoria, quiero decir, lo que otros ven mal en nosotros, aunque a nosotros no nos lo parezca así. Es tan complicado todo.

LEOPOLDO.— Ten confianza en mí, Felicidad. Sacaremos adelante la casa, la familia y también la poesía. Podremos con todo. Ya sabes que soy un corredor de fondo y puedo con lo que me echen. Lo heredé del abuelo Quirino; mi padre era más quebradizo, como tú. Cómo os parecíais; por eso te quería tanto. Sabes, yo tiro a mi madre, todo carácter, bondadosa y serena, pero un carácter; y tú eres como mi padre, sentimiento y pasión. Y sabremos tirar del carro, como hicieron ellos. Cuánto me acuerdo. Cada día están más presentes en mí. Qué triste es perder a los padres; aunque es inevitable, el tiempo siempre viene a reclamar lo suyo. Sin embargo siempre lloraremos su pérdida.

FELICIDAD.— Claro que saldremos adelante, pero me preocupan mucho esos chicos, sobre todo

Juan Luis; está en una edad complicada y te necesita mucho, aunque tire más por la abuela. Olvídate un poco de los amigos y de salir por ahí, no me dejes sola ahora, que es cuando más te necesito; te necesitamos.

LEOPOLDO.— Sabes que no os dejaba un momento cuando iba por ahí. Recuerda lo que escribí en Venezuela, los poemas de *Navidad de Caracas*. Cómo viene ahora a mí aquel tiempo. Es como si se me representara todo de nuevo, en un instante. Estaba solo en Nochebuena, lejos de vosotros, en aquella casa amiga en las laderas del Ávila, y al acostarme lloraba pensando en cada uno de vosotros, tú, los niños, y tuve que levantarme a escribir,

Con la sonrisa en la almohada  
ellos estarán soñándome,  
y yo soñando con ellos  
en este Hotel de los Andes.  
Los tres estarán ahora,  
ilusos de navidades,  
con la cabeza en la almohada,  
dormidos junto a su madre.

¿Recuerdas? Escribo para poder vivir, para signar la vida, no por capricho o adorno. Solo me interesa lo que sabe a verdad, lo que permanece por encima del tiempo y las lenguas, lo que está

tocado de eternidad. La poesía no es simple escritura; o es verdad o no es nada. Esa es la lección aprendida, y sé que solo siendo fiel a ese principio merecerá la pena lo que haga a partir de aquí. Tengo la plena conciencia de empezar una etapa nueva, en todos los sentidos.

FELICIDAD.— *(Tarda en responder. Se queda un rato en silencio, pensativa. Como no convencida del todo, o dudando, o temerosa, de las palabras de Leopoldo).* Ojalá sea así. Lo necesitamos tanto; tú y nosotros.

*(Permanecen un rato sentados, las manos cogidas sobre la mesa, encima de las cuartillas y los libros, mirándose, como susurrando deseos y promesas. Felicidad va soltándose poco a poco y se pone de pie).*

FELICIDAD.— Es tarde, debemos descansar para mañana.

LEOPOLDO.— Vete a la cama, Feli, que yo voy ahora; quiero anotar unas ideas que se me acaban de ocurrir, antes de que se me olviden.

FELICIDAD.— Mañana te espera un día difícil.

LEOPOLDO.— Lo sé; no te preocupes, soy fuerte y podré con todo.

FELICIDAD.— No tardes.

*(Sale Felicidad, apaga la luz y queda solo la de un flexo sobre la mesa, muy tenue. Brilla la luna llena en la*

*ventana. Leopoldo está sentado a la mesa camilla, pensativo. De vez en cuando anota algo en la cuartilla, lee para sí, corrige, tacha, vuelve a escribir. Se queda mirando el aire vacío. Los silencios de la noche lo llenan todo de misterio. Ruido prolongado de un tren que cruza la vega. Traqueteo. Pitidos. Silencio otra vez. Leopoldo piensa, escribe, corrige. Levanta la cuartilla, lee para sí. Ladridos de perros lejanos. Se lleva las manos al pecho, como si le doliera algo. Parece que le falta aire. Se lleva los dedos a la frente para secarse un sudor inexistente. Se levanta a la ventana, la abre, respira el aire de fuera, se queda mirando la noche estrellada. Brilla descocada la luna llena, se oculta en una nubecilla y vuelve a salir. Se oyen otra vez los ladridos de los perros, lejanos. Cierra la ventana y va a sentarse a la mesa).*

LEOPOLDO.— *(Escribe y va leyendo a la vez en voz alta)... Como en los perros (Ladridos), tocados por su amo (Silencio largo), vaga todo lo amigo de la tierra (Silencio. Se queda pensativo. Se dobla un poco, de dolor, llevándose la mano al pecho), así quisiera... mi... palabra (Se detiene, pensativo. Silencio): simple (Se detiene a pensar. Escribe, lee en voz alta), parada en las... pupilas (Se lleva la mano a la frente), y con errantes sílabas de niño (Se detiene. Largo silencio. Escribe. Lee). Improvisar el mundo, y todo lo diáfano del mundo (Se detiene.*

*Silencio. Mira a la ventana), con la fecha (Repite esto), con la fecha encontrada en el rocío (Silencio) y con el tibio soplo de la mano... (Silencio. Asiente, afirma golpeando levemente, sin meter ruido, sobre la mesa). Porque lo que vale es lo real (Asiente) escrito con el vaho de lo real (Se detiene, pensativo. Levanta la vista. Vuelven a oírse ladridos más leves, lejanos), y con el poso aéreo (Silencio. Se detiene. Se lleva la mano al pecho) del-corazón-que-late-llamado-por-su-dueño (Silencio. Le cuesta escribir y leer. Repite el final), llamado por su dueño (Silencio), leve, muy levemente, oh, poema (Inclina la cabeza. Silencio largo. Pasa un tren por la vega. Ladridos de los perros. Se va apagando la luz. Ilumina un haz de luz el fondo derecho y se ve a la abuela Bergnes haciendo punto; tiene gafas, el pelo más blanco que antes, y un chal sobre los hombros. Está ajena; no mira. Se apaga el haz de luz y desaparece la figura. En realidad vendrían a ser las visiones de Leopoldo. Oscuridad. Ilumina el haz de luz el sofá. Está sentado, inquieto, un poco juguetón, sonriente, Michi; pantalón corto, pelo rizado y alborotado. Se apaga la luz. Levísima luz en el escenario. Del fondo sale la figura de Leopoldo María, vestido con un disfraz oscuro, largo pico de ave, fantasmal, y se coloca a la espalda de Leopoldo. Gesticula, como si se llevara su alma. Se apaga la luz y desaparece la figura de la máscara. En el haz de luz aparece ahora*

*Juan Pintor, junto a la puerta de la izquierda, con gesto tímido, la boina en la mano, como lamentándose en silencio. Mira a Leopoldo sin decir nada. Se apaga la luz. Al encenderse el haz, aparece Juan Luis con el jersey anudado al cuello y el libro bajo el brazo; el gesto severo, de reproche, y sonrisa displicente. Se apaga la luz. Aparece al fin Felicidad, al fondo, delante de la ventana, vestida de blanco, iluminada; tiende las manos sonriente, amorosa. Leopoldo se levanta y camina hacia ella con las manos también extendidas. Oscuridad. Al encenderse de nuevo la luz, aparece el escenario vacío. Entra por la izquierda Felicidad, vestida de luto. Con velo. Ante la dificultad del cambio, esto podrían hacerlo dos actrices de similar constitución. Se dirige a la mesa y coge la cuartilla donde escribía Leopoldo. Lee en silencio).*

FELICIDAD.- (*Leyendo*)... Como en los perros,  
tocados por su amo,  
vaga todo lo amigo de la tierra,  
así quisiera mi palabra...

(*Deja la cuartilla sobre la mesa. Se queda mirando las cosas, con ese sentimiento de vacío que queda en el aire tras el paso de la muerte*).

FIN



- NOTAS -

